Año III Madrid 15 de Octubre de 1908 Núm. 60

PATRIA Y LETRAS

REVISTA IBERO-AMERICANA

Ciencias y Artes—Historia y Literatura—Agricultura, Industria y Comercio

Director propietario: NICOMEDES MARTÍN-MATEOS

SUMARIO

Telegrafía mental, por *Vicente Vera*.—Etheria, por *Eloy Díaz-Jiménez y Molleda*.—A una golondrina, por *Antonio Cánovas del Castillo*.—Amemos la verdad, por *Nicomedes Martín-Mateos*.—Un bravo, por *Joaquín Usunáriz Bernat*.—¡Reid, reid!..., por *Francisco Juderías*.—¡Pulvis eris!..., por *Enrique Feyjóo y Rubio*.—¡Fé salvadora!, por *Manuel P. Abela*.—Morir con gloria, por *Arturo Pérez Roca*.—Asturianos ilustres.—Cómo va el comercio.—Enseñanzas agrícolas, por *S. Celsi*.

TELEGRAFÍA MENTAL

Al descubrirse los rayos X, quedó patente que existen modalidades de energía que pueden escapar á nuestros sentidos por carecer los humanos de órganos sensoriales, sensibles á dichas modalidades. Y ha quedado también perfectamente en claro, que tales formas de energía seguirían eternamente ignoradas por el hombre si no se pudiesen transformar en otras apreciables por nosotros, ya como calor, ya como sonido, bien como luz, bien como electricidad en sus diferentes manifestaciones, etc.

Del mismo modo, las ondas eléctricas llamadas hertzianas no hubieran podido servir á Marconi para transmitir despachos á grandes distancias sin necesidad de hilos conductores, si no se conociese el tubo inventando por Brandly, sensible á dichas ondas hertzianas, y que, por lo tanto, las exterioriza, es decir, las hace apreciables á nuestros medios de percepción.

Esto sentado, ¿podrán existir «ondas mentales» (llamémoslas así para designarlas de algún modo) que trasmitan á distancia el pensamiento desde un cerebro á otro?

Estudiemos las condiciones de posibilidad de este fenómeno.

Cuando un cerebro trabaja es indudable que, en su masa, en su delicadísima estructura, se verifican forzosamente algunas alteraciones moleculares correspondientes al trabajo mental que se realiza. Ha de haber mayor actividad en la vida de las células cerebrales, mayor excitación en éstas, que se tiene que traducir por algo mecánico, como movimientos, sacudidas, vibraciones, etc.

—No te calientes la cabeza—le dicen al que piensa ó discurre con mucha intensidad. Señal de que la experiencia enseña que en el cerebro que trabaja hay una conflagracion, una manifestación física de energía.

Resulta, en efecto, en todo cerebro en función, una energía actual, una modalidad física de potencia real, aunque sea tenue y sutilísima. Este foco de energía forzosamente ha de impresionar el medio ambiente, como los cuerpos sonoros obran sobre el aire en cuyo seno vibran, ó los focos caloríferos, luminosos, magnéticos, y eléctricos, sobre el éter que todo lo llena. El medio ambiente cerebral, así impresionado, transmitirá en todas direcciones el impulso recibido, y así se formarán las ondas mentales, por un mecanismo análogo á las luminosas, á la de los rayos catódicos, á las hertzianas, etc.

Si las cubiertas cerebrales son opacas para las ondas así originadas; es decir, si no dejan pasar á su través dichas ondas, dentro de cada caja craneana quedarán encerradas éstas y nada de ellas se manifestará (á lo menos directamente) al exterior. Pero si las aludidas cubiertas cerebrales

Biblioteca Nacional de España

son transparentes para las ondas mentales, éstas marcharán en todas direcciones, propagándose por el espacio infinito, como todas las ondas se propagan.

No hay fundamento para negar «á priori» la transpariencia de las cubiertas cerebrales para las ondas mentales. Cuerpos muy duros y muy compactos, como el diamante y el cristal, son transparentes para las ondas luminosas ordinarias; substancias como la madera, el cuero, etc., son trasparentes para los rayos catódicos, otras muchas materias, opacas para la luz, son completamente diáfanas para las ondas eléctricas hertzianas. Hay, pues, motivos para creer que las cubiertas cerebrales no son opacas para las ondas mentales que dentro de ellas pueden originarse, y tanto más advirtiendo que cuanto más delicadas son las ondas, mayor número de materiales son susceptibles de atravesar.

***

Si el lector ha tenido paciencia para seguir mi razonamiento, convendrá conmigo:

1.°—Que no sólo es posible, sino lo más conforme con todas las leyes físicas, que el trabajo cerebral produzca ondas mentales.

2.°—Que estas ondas se propaguen en todas direcciones á través del espacio.

Ahora bien, estas ondas pasarán completamente inadvertidas para todo el género humano, mientras no tengamos sentidos para apreciarlas, ó mientras no descubramos medios de transformarlas en otras formas de energía sensibles ya para nosotros.

¿Tenemos algún sentido capaz de apreciar las ondas mentales que de cerebros ajenos proceden? No lo conozco; pero de poseerlo es lo más natural y lo más probable que lo sea nuestro cerebro.

En efecto: si un cerebro, al trabajar, ha producido una forma especial de energía transmisible al exterior, parece racional suponer que los demás cerebros, con constitución similar, deben ser sensibles á la misma forma de energía.

Cuando se hace sonar una cuerda de un arpa, de un violín ó de una guitarra, otras cuerdas de otros instrumentos músicos de la misma clase que se hallen en las inmediaciones, también suenan sin que nadie las toque. La única condición para que el fenómeno se verifique, es que las cuerdas que hayan de vibrar «por simpatía» han de estar templadas para producir la misma nota que la cuerda que se hizo sonar primero. Esta es la teoría de los resonadores de Helmholtz, que sirvió á este eminente físico y fisiólogo para el análisis de los sonidos.

Lo mismo debe ocurrir con el cerebro. Uno de éstos piensa, como si dijéramos suena; la vibración ú onda mental se trasmite por el espacio; si encuentra otro cerebro, ó sea otra cuerda, al mismo temple que el foco de la vibración, vibrará también en la misma forma, esto es, «recogerá el pensamiento» del primer cerebro, sin que haya otro medio de comunicación entre ambos. Pero si el segundo cerebro no está templado al unísono del primero, tal vez permanecerá insensible á la acción de las ondas mentales que éste envíe.

***

Resulta, pues, posible la transmisión del pensamiento á distancia, y, por lo tanto, la «telegrafía mental», ó sea la comunicación entre dos personas alejadas una de otra.

Los casos de comunicación pueden ser muy raros por la dificultad de coincidir en el temple de cerebros; pero se registran algunos perfectamente comprobados, y seguramente habrán existido muchos de los que no se tenga noticia.

¿Quién no puede citar algún ejemplo de alguna persona á quien, en un momento determinado, «le daba el corazón» que tal otra persona estaba ejecutando un acto ó sufriendo de algún modo (y por lo tanto pensando acorde), y despues, se ha comprobado que así ha sucedido?

Conocido es el caso de la criada del doctor Gerault, describiendo agitada, estando ella en Francia, la muerte de su hijo, á la sazón en Crimea; el de Swademburg, describiendo desde Gothemburgo, el gran incendio de Stokolmo; el de mistress Porter, refiriendo en el Conneticut, y como si lo estubiera presenciando, el incendio del vapor «Henry Clay» en el rio Hudson. Notabilísimo es también el hecho que cita Ricardo Palma en sus «Tradiciones Peruanas». El padre Almoguera, monje trinitario, fué nombrado en tiempo de Felipe IV obispo de Arequipa, y se embarcó en una de las 20 naves de la flota que mandaba el almirante don Pablo Contreras. Una furiosa tempestad echó á pique siete de los bajeles, siendo el primero en hundirse el que llevaba el obispo á bordo. Llegó la noticia al Perú por los tripulantes de las naves que se salvaron y fueron testigos de la catástrofe, afirmando que hasta las ratas se habían ahogado. Preparóse el cabildo de Arequipa á hacer funerales y otras manifestaciones de duelo por la muerte del obispo, cuando una monja del convento de Santa Casilda de Arequipa, llamada madre Ana de los Angeles Monteagudo, lo supo y dijo:—Aplácense las honras fúnebres. Cierto que zozobró el bajel; pero su ilustrísima y otros compañeros se salvaron. Ha vuelto á embarcarse en Cádiz y navega con viento favorable. Dentro de tres meses sabremos la verdad.

Biblioteca Nacional de España

Tres meses después el Ilustrísimo Sr. Almoguera se hacía cargo del obispado de Arequipa y refería las circunstancias de su naufragio y salvación en los mismos términos que lo había hecho la madre Monteagudo.

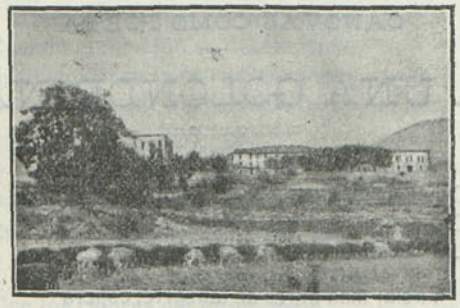
Existiendo, pues, casos indubitables de telepatía, forzosamente han de tener alguna explicación natural y la que propongo me parece bastante lógica. Los ejemplos referidos, y todos los de su clase, vienen, además, á servir de comprobación esperimental de la teoría.

Es, pues, racional suponer la existencia de la telegrafía mental, y no es dudoso que si esperimentadores hábiles estudian el hecho y llegan á determinar sus leyes, se encuentren medios prácticos para facilitar la comunicación del pensamiento entre personas alejadas unas de otras, y sin necesidad de cables ni ninguna otra suerte de aparatos intermedios.

¿Y qué duda cabe de que entonces, las relaciones sociales, el modo de vivir y las leyes políticas de los Estados tendrán que modificarse radicalmente?

Queda aun otra fase de esta cuestión. La de si será posible transformar las ondas mentales en otras formas de energía apreciables ya por nuestros sentidos ordinarios. Esto supondría esteriorizar el trabajo cerebral de los demás: «leer el pensamiento.»

VICENTE VERA.



Vista del balneario de Gràbalos.

ETHERIA

Voy á presentarte, lector amigo, á una extraordinaria doncella de la antigüedad, para que conociéndola puedas cual sus contemporáneos lo hicieron, amarla profundamente, imitar sus virtudes que te aseguro no fueron ni escasas ni pequeñas, y, sobre todo, admirar el valor de aquél su gran corazón que jamás hubo de abatirse ante los mayores peligros.

Había sido elevado á la dignidad imperial uno de los españoles que honraron más á su patria, el único hombre que en aquellos agitados tiempos fué capaz por su talento y firmeza de salvar al imperio de Oriente de la invasión de los bárbaros, á los cuales sujetaba al mismo tiempo que, persiguiendo á los herejes y derribando los ídolos del paganismo, trabajaba por restablecer la unidad de religión. En la Iglesia, brillando como siempre, un gran número de varones insignes por su ciencia y virtudes: los Osíos, los Gregorios, los Crisóstomos, los Ambrosios, los Jerónimos y otros no menos ilustres y santos filósofos del Cristianismo que también, propagando por todo el mundo la civilización y la fé y desafiando las persecuciones, combatían los viejos y los nuevos errores con que por entonces tuvo que lidiar el Catolicismo. Todas las clases sociales tomaban parte en aquella lucha imponente que presenciaron los pueblos llenos de asombro: senadores, ministros y guerreros, historiadores, filósofos, poetas y sacerdotes de todos los cultos disputábanse el terreno con arrojo sin igual, unos defendiendo antiguas y desacreditadas divinidades, otros defendiendo al verdadero y único Dios que triunfaba sobre los dioses del Capitolio y con Él la unidad sobre el politeismo, la verdad sobre la fábula de los paganos.

A últimos de aquél siglo de sangrientas luchas, el IV de la era cristiana, en nuestra España, donde guerreaban católicos contra priscilianistas, y en uno de los famosísimos y solitarios monasterios que hubo en la pintoresca región del Bierzo, vivía apartada del mundo y consagrada á Dios, orando y mortificando su débil cuerpo para conseguir la satisfacción de su alma, la virtuosa Etheria, joven religiosa de fé inquebrantable; flor delicada de los verjeles de la Iglesia; modelo perfectísimo de humildad en cuya contemplación se recrearon hasta los mismos santos; mujer siempre purísima y abrazada al trabajo aun en medio de la relajación de costumbres de algunos monjes y religiosas excomulgados por el Cánon VI del concilio de Zaragoza y por el papa Siricio en la decretal que dirigió á Himerio, Obispo de Tarragona; berciana ilustre que mereció que un notabilísimo escritor del siglo VII, el santo y célebre abad Valerio, en la carta que escribió á sus hermanos los monjes del Bierzo, no solo la aplicara el dictado de beatísima, sino que además alabara su fé y el valor admirable que demostró cuando, entusiasmada con la lectura del Viejo y Nuevo Testamento y arrostrando toda clase de peligros, visitó los Santos Lugares, dando de esta

Biblioteca Nacional de España

manera un ejemplo digno de ser imitado por los varones más esclarecidos.

La vírgen Etheria, nombrada así en los manuscritos de Toledo, llamada Echeria por Morales y Eucheria por Tamayo, abandonó á España sin que la atemorizaran, ni la delicadeza de su cuerpo, ni la ausencia de su patria, ni las muchas penalidades de aquél largo y molesto viaje; pues esta mujer constante y enérgica no era ciertamente de las que desfallecen y acaban por ceder.

Auxiliada de Dios y después de recorrer durante largos años montes, ciudades y provincias, habitadas por gentes de razas y costumbres diversas y de visitar algunos cuerpos de mártires, ante los cuales oraba con edificación y ternura, llegó á los sacratísimos y para ella muy amados lugares de la Natividad y de la Resurrección del Señor. Desde la Thebaida, donde fué robustecida con las bendiciones y las dulces doctrinas de santos anacoretas, dirigióse á todas las provincias del Egipto, recorriendo los lugares de la antigua peregrinación del pueblo israelita y las vastas soledades del desierto que menciona la historia del Exodo, libro por el cual se guiaba nuestra peregrina. Estuvo en la dura peña de donde Moisés hizo brotar el agua para su pueblo sediento. Sus plantas pisaron el desierto en que llovió el maná. Subió al monte Sinaí, en el cual Dios entregó á Moisés las tablas de la Ley. Visitó el monte Nabau desde cuya cumbre vió á lo lejos Moisés la tierra prometida; el Thabor en donde el Señor transfigurado se apareció á sus discípulos, y aquél otro habitado por Elías y en el cual se escondieron cien profetas.

Hasta aquí la relación de los viajes á que hace referencia la carta mencionada anteriormente.

En 1884 el erudito italiano Gamurrini descubrió en Arezzo un manuscrito compuesto en la segunda mitad del siglo IV encabezado con el siguiente título: *Peregrinación de la Santa Silvia aquitana á los Lugares Santos*. El manuscrito que nos ocupa, apareció incompleto en su principio y en su fin, sin que en el decurso del texto se descubra el nombre de su autor, y únicamente se sabe que el que lo escribe es una mujer de calidad oriunda de una de las provincias más occidentales del Imperio Romano.

En 1893, el sabio benedictino Mario Ferotin, dió á la estampa, en Paris, un opúsculo en el que demuestra, de una manera evidente, que la autora del manuscrito de Arezzo, llamada en el encabezamiento de aquél Silvia, es la propia Etheria de la epístola de San Valerio.

Sin detenernos á exponer todas las razones en que funda su aserto el erudito benedictino, bástenos para nuestro propósito decir, que entre uno y otro escrito hay un completo acuerdo en la fecha, el punto de partida, las diversas etapas del viaje y lo largo de éste llevado á cabo por Etheria. Mas si esto no fuera suficiente, harían palmaria la identidad de la Silvia de la *Peregrinación á los Lugares Santos*, con la Etheria de la epístola de San Valerio, el estilo que despliega éste en su carta y á veces hasta las mismas expresiones en un todo conformes con el que revela el manuscrito de Arezzo el cual, á no dudarlo, tuvo á la vista el anacoreta del Bierzo para escribir su carta.

El P. Ferotin, no solo demuestra por el modo dicho el orígen español y leonés de Etheria, sino que también le demuestra por el análisis concienzudo que hace del latin vulgar en que está escrita la Peregrinación que no es otro que el hablado por el pueblo español en aquella época.

¿Cuál fué la calidad de esta Etheria? Aquél notable historiador, en atención á las consideraciones que en su prolongada estancia en Oriente y en la misma Constantinopla se la guardan por Obispos, clero, monjes y hasta las mismas autoridades imperiales, facilitándola cuantos medios y seguridades necesitaba en sus largas y penosas excursiones, supone que la virgen Etheria debía ser de noble y elevado linaje, vástago, tal vez, de la familia del gran Teodosio, Emperador español.

E. Díaz-Jiménez y Molleda.

CÁNOVAS COMO POETA

A UNA GOLONDRINA

Vuela, vuela, díchosa golondrina,
Que acompañaste en el pasado estío
Del desvelado mísero vecina,
Las largas horas de sediento hastío.

Vuela; mas antes de lanzarte, espera
Al mar huyendo del cercano hielo,
Que aun te guarda por ver en la ribera
Una ciudad encantadora, el cielo.

Donde nunca la niebla enturbia el día
Ni se agostan las flores del verano,
Ni enciende el aire tempestad bravía,
Ni anhela el pecho por amor en vano.

Tente, descansa allí sobre la parda
Torre que altivo levantó el alarbe;
Ahora el vulgo codicioso, tarda
En rendir á la edad el ancho adarve.

Y acaso entre sus piedras carcomidas
Que salpican del mar olas inquietas,

Biblioteca Nacional de España

Verás blancas ventanas escondidas
En la yerba que dan las hondas grietas.

Y allí encerradas cual en alto nido
Las tórtolas se encierran amorosas,
Si con vuelo llegaste no sentido
Verás mujeres como nunca hermosas.

¡Hijas del mar! Como la riza espuma
Que traen las olas en sonoro alarde,
Arde el rayo del sol, rota la bruma,
El rayo así de sus miradas arde.

Ojos que son reliquia peregrina
De la belleza de las madres moras,
Rasgados, las pupilas como endrina
Negras, y en pura luz abrasadoras.

Suelto el talle, copiosos los cabellos
Que en el color al ébano escarnecen,
Tersa la tez que miente en sus destellos
Flores de aquellas que á las plantas crecen.

¡Ay! no tiendas sin ver tanta hermosura
De nuevo al aire, golondrina, el vuelo,
Y recuerda al mirarla mi ventura
Pasada, y piensa en mi presente duelo.

Y dí, mas que decirlo te dé enojos,
Diles, oh bella, á las que miras bellas,
Que amor no siento sino al ver sus ojos,
Ni siento dicha sino cerca de ellas.

Y diles que primero enflaquecida
Sus piedras soltará la antigua torre,
Que la ronca tormenta de la vida
De mi el recuerdo de sus nombres borre.

Y primero contigo tus hermanas
Cuando el invierno se desate impío,
Sus nidos dejarán en mis ventanas
Do eterno azota Guadarrama frío.

Que de mí se separen sus memorias
Y el pátrio amor de su ciudad moruna,
Y olvide sus dulcísimas historias
En desdichada ó próspera fortuna.

Y cuando vuelvas á habitar mi techo
Con los calores del futuro estío,
Dime que anhela por saberlo el pecho,
Si oyeron gratas el recuerdo mío.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

AMEMOS LA VERDAD

La verdad debe ser una gran cosa, cuando todos la elogian, cuando todos la ensalzan. Todos hablan de ella con el mismo entusiasmo, todas las profesiones se precian de servirla, todos los sistemas la acatan. Se la busca en la ciencia, en la historia, en las relaciones sociales, en las interioridades de la vida moral.

Es incontestable que toda verdad tiene á Dios por principio. No amar la verdad, por tanto, es igual á no amar á Dios.

¿De qué procede que siendo la verdad tan amable, haya tantos que la odien? De que se aficionan á bienes falsos que toman por verdaderos, de modo que, cuando la verdad real se opone á sus pasiones, se insurreccionan contra ella, no quieren reconocerla como verdad, porque el amor á lo falso, aunque se quiera tomar por verdadero, hace odiosas las reglas de la verdad.

Es necesario escuchar la verdad do quiera nos hable. Nos habla en el fondo de nuestra alma, donde se hace oir á los que quieren escucharla; pues aunque exteriormente nos la propongan de mil maneras, no se la oye más que dentro de nosotros. La razón de por qué hay tan pocos que la escuchen, es porque casi todos viven fuera de sí mismos, fugitivos de su corazón.

El amor de la verdad no es solamente necesario respecto á las verdades de fé, sino de las máximas de la ética; y nadie se ama más á sí mismo que el que procura llenar su espíritu y su corazón de tales máximas, el que reflexiona frecuentemente sobre ellas y las reduce á práctica, por la corrección efectiva de sus costumbres. Este es el único medio de imprimirlas fuertemente en el corazón, y de hacer de ellas una disposición efectiva de nuestra alma; lo demás no sería más que un vano adorno de nuestra memoria.

Cuando la verdad no es atacada, cuando no hay nada que sufrir por ella, encuentra muchos prosélitos; pero cuando nos expone á perder alguna cosa, todos los débiles consienten en su opresión, y los malos se asocian al torrente del mundo que tiende á destruírla. No ama, por tanto, á la verdad, el que no la practica, el que no la defiende, el que no escucha sus consejos para corregir sus defectos: de lo que se infiere que todas las excitaciones á amar la verdad, sirven para remediar nuestras miserias.

No se ama á sí mismo el que no emplea bien su vida, el que no trabaja, el que no vigila sobre todas sus acciones, el que no es prudente, templado, humilde, el que no tolera y es amante de la verdad.

NICOMEDES MARTÍN-MATEOS.

Biblioteca Nacional de España

UN BRAVO

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL

I.

Corrían los últimos días del mes de Abril de 1835...

Aquella guerra entre hermanos, aquella lucha increíble y absurda, no podía continuar tan inhumana y cruel como hasta entonces. Era preciso modificar el proceder de los ejércitos beligerantes después del combate, y por eso Valdés y Zumalacárregui, Comandantes en Jefe, á la sazón, de las tropas de la reina y de las carlistas respectivamente, firmaron el tratado ó convenio humanitario sobre el canje de prisioneros que había de servir de regla en lo sucesivo, y que lord Eliot, comisionado de S. M. británica, les propusiera días antes. (1)

Por aquellos días enteróse D. Juan Manuel Sarasa, que acababa de encargarse interinamente del mando de la división facciosa vizcaína, de que Iriarte, con solo unos 3000 hombres, iba á pasar por Guernica, y concibiendo la idea de derrotarle, auguró á sus tropas días de gloria.

De sobra conocía Sarasa la superioridad inmensa de su ejército sobre el de Iriarte, pero gustaba de caminar bien seguro, y sabedor de que en Oñate se hallaban cuatro batallones, dióles aviso para que se le imcorporasen en Albiz y Mendata, como así sucedió, reuniéndosele más tarde Gómez, con otros dos batallones guipuzcoanos.

Dió las ordenes oportunas y salió al encuentro de Iriarte. La lucha se trabó tenaz y encarnizadamente. En un principio, las tropas de la reina, cargando con denuedo y energía, rechazaron á los carlistas y se apoderaron de sus primeras posiciones; pero luego, al llegar los dos batallones guipuzcoanos, hubieron de retroceder, y la derrota de Iriarte fué completa.

Retiráronse, entonces, las fuerzas liberales á las guarniciones de Lequeitio, Durango y Eibar, pero cortándoles Sarasa de nuevo el paso, hubieron de quedar en el convento de monjas de Rentería unos 200 liberales que Iriarte no pudo recojer.

II.

La victoria que acabamos de describir y el hecho de que muchos pueblos de las provincias vascas y de Navarra reconocían como rey á don Carlos, cosa que demostraban clara y terminantemente, defendiéndole con las armas en la mano y prestando al ingresar en las filas de su ejército, el juramento «¡Carlos ó la muerte!» «¡Vencer ó morir!»—envalentonaron grandemente á Sarasa, quien, viendo á aquellos hombres encerrados en el convento sin defensa alguna, determinó sitiarles, incendiando ó destruyendo, en caso extremo, el edificio.

Y dispuesto á llevar á la práctica su plan, Sarasa, antes de sitiar el convento, envió un parlamentario al jefe superior de la fuerza en él refugiada, interesándole la entrega de las armas, ó cuando menos, la salida de las religiosas.

El efecto que en el bravo jefe causó esta acción del enemigo, fué tan grande que, enérgico y mal humorado, contestó:

—Las religiosas no quieren salir del convento... Y en cuanto á las armas... venid por ellas si las queréis, pero habréis de pasar sobre nuestros cadáveres, pues mientras me quede un solo soldado y un momento de vida, os juro que no las mancharán vuestras manos!..

Fuese temblando, el parlamentario, y una hora después, rompían el fuego las tropas de Sarasa.

III.

Cuantos medios empleó Sarasa para rendir á aquellos valientes fueron inútiles. Ni el quemar las puertas del convento, ni el introducir en su interior el humo de los combustibles para que se asfixiaran..., nada, en fin, bastaba á intimidar á los sitiados.

La inmensa superioridad de las fuerzas carlistas no consiguió, en un principio rendirlos... Después, cuando los sitiados se hallaban en angustiosa situación, apareció Espartero,—entonces comandante general de las Vascongadas—y, como angel que envía el destino, libró á los suyos de una muerte horrorosa, porque ó sucumbirían entre las ruínas del edificio, ó serían pasto de las llamas.

Las tropas de Juan Manuel se desbandaron en todas direcciones.

IV.

Momentos más tarde, cuando Espartero entraba en el convento, abrazáronle aquellos hombres que, con su heróico jefe á la cabeza, habían tan bien sellado con su sangre su lealtad, haciendo que de sus ojos brotasen tiernas lágrimas, y arrancando de su alma noble y cándida, sentidísimas palabras que comunicó á sus valientes soldados en la orden del día.

JOAQUIN USUNÁRIZ BERNAT,
Capitán de Artillería

(1) El general don Jerónimo Valdés firmó en Logroño el dia 27 de Abril de 1835, y Tomás de Zumalacárregui el 28 en su cuartel general de Eulate.

Biblioteca Nacional de España

Conclusiones

De lo dicho hasta aquí, referente á la climatografía, se infiere que, dentro del partido, se dan todos los climas peninsulares en relación con la temperatura media, altitud y cantidad de agua pluvial, excepto el litoral del mediodía y Levante, que es más cálido, el del norte y oeste que es más lluvioso, y las cimas de las cordilleras Pirenáica y Penibética que son más altas.

Si no tuviéramos en cuenta mas que esas circunstancias, sería esta una región climatológica ideal, porque dentro de una linea de poco mas de 20 kilómetros puede disfrutarse de todas las temperaturas medias, comprendidas entre 18 y 0°, y de todas las altitudes desde 325 á 2650 metros. Sin embargo, en la realidad no sucede asi, por que la isoterma de un pais no constituye dato suficiente para juzgar la bondad térmica de su clima. Se observa con frecuencia que, dos regiones con una misma media anual, pueden ser una cálida y otra templada ó una templada y otra fria, lo cual es debido á la oscilación de la temperatura. Así por ejemplo: Santiago y Huesca tienen la misma media anual de 13°; pero mientras en el primero la oscilación no pasa de 36°, en el segundo llega hasta 46°, dando por resultado un clima bastante más templado para Santiago, cuya mínima no baja de 2° bajo cero, que para Huesca que llega hasta 9° bajo cero. Todavía ofrecen mayor contraste Barcelona y Badajoz con una media anual de 16° y una oscilación de 32° en la primera ciudad y de 48° en la segunda, cuya diferencia da un clima excesivamente más extremado en calor y frio para Badajoz, que llega á la máxima de 43° y á la mínima de 4° bajo cero, que para Barcelona que no pasa de 32° ni baja de 0°. En general puede afirmarse que todo clima cuya oscilación llegue á 40° no debe utilizarse como residencia permanente.

Ahora bien, hemos visto al tratar de la temperatura en el partido, que la oscilación varía entre 40 y 46,5°; si á esto se agrega la frecuencia de los vientos y de las nieblas en invierno y primavera, se deduce en consecuencia que esta región es principalmente habitable durante el verano y otoño. Para esta última estación es muy apropósito la zona templada, dentro de la cual están situados todos los pueblos del partido (menos Serranillos) pues en ella la atmósfera se encuentra por lo general despejada, las lluvias son poco frecuentes y de muy corta duración lo mismo que los vientos; la temperatura durante el día no pasa generalmente 20 grados, y las noches son frescas pero sin exceso. Como además es esta la época en que se recolectan los tan variados frutos que aquí se dan, resulta un conjunto de circunstancias las más propicias para hacer sumamente argradable la estancia en el país durante el otoño.

En cambio la zona fría de 1000 metros arriba es de inmejorables condiciones para el verano, especialmente la subzona comprendida entre los 1500 y 2200 metros. Dentro de esta se encuentra la laguna de Gredos á 2035 metros, en cuyas inmediaciones, durante dos veranos consecutivos en el mes de Agosto que acampó en ellas el distinguido ingeniero de minas D. Felipe Donaire, no subió el termómetro de 22° ni bajó de 10. Aún en la cumbre misma de la sierra, donde estuvo varios días en Agosto la Comisión del Mapa Geográfico tampoco descendió de 6°. Por eso el Doctor Ballota Taylor la señala en su Mapa Tisiológico de España, como lugar adecuado para la construcción de *Sanatorios* de altura contra la tuberculosis, en unión del Valle de Nuria en Cataluña, Panticosa en Huesca, Peñas de Europa en Oviedo y sierra de Gador en Almería.

El Doctor Marco también la recomienda con el mismo objeto (1). Sin embargo, el Doctor Bassols Prius, que tan magistralmente ha estudiado este asunto en su notable libro *Climatoterapia española en la tisis pulmonar*, no participa de esta opinión; pues de las cinco zonas climatológicas en que divide á España, considera la del noroeste y la Central á la que pertenece este partido, como la menos adecuada para residencia de tuberculosos: la primera por su excesiva humedad y la Central por la gran oscilación de la temperatura y la frecuencia y variabilidad de los vientos.

La verdad es que, reune en su contra dos circunstancias á cual más decisivas para dificultar en gran manera la instalación de un sanatorio: una es la imposibilidad de llegar hasta ella facilmente por carecer toda la comarca inmediata de vias férreas y carreteras, y la otra el poco tiempo que podía utilizarse cada año, pues á lo sumo llegaría á dos meses; bien es verdad que este último inconveniente se evitaba construyendo sanatorios escalonados á diferentes alturas, (para lo que se presta admirablemente la vertiente meridional de la sierra,) los cuales serían utilizados sucesivamente desde Junio á Noviembre. El sitio más á propósito para su construcción, es la porción occidental de la sierra desde el puerto del Peón, por ser donde alcanza mayores alturas (2)

Pero aun prescindiendo del beneficio que pu-

(1) Tratado práctico de Medicina y Cirujía modernas, tomo 5.o.

(2) Bien sé que, la tendencia actual de la tisiología es contraria al exclusivismo de los climas, pero no obtante, en igualdad de las demás condiciones, siempre queda á favor de los climas de altura la mayor pureza del aire y la menor presión atmosférica, circunstancias que favorecen las funciones respiratoria y circulatoria y por ende los cambios nutritivos.

Biblioteca Nacional de España

diera reportar como estación climatoterápica, le resta todavía el atractivo que todas las grandes cimas ejercen sobre los habitantes de valles y llanuras.

Esta irresistible atracción que es admirablemente explotada por los pueblos situados al pie de los Alpes y de los Pirinéos (1), podía serlo igualmente aunque en menor escala, por los de esta región, pues en todo el centro de la Península no existe ninguna montaña que alcance una altura tan considerable. Claro está, que para conseguir tal resultado, se necesitaba ante todo fomentar la afición entre el público, creando sociedades dedicadas exclusivamente á ese objeto, á semejanza de los *clubs alpinos;* publicando Boletines gratuitos con la descripción de los diferentes puntos de la sierra, impresiones de los ascensionistas, vistas fotográficas, etc., y sobre todo, proporcionando las mayores facilidades para el transporte y estancia en dichos sitios.

Acaso se dude por algunos de la finalidad de tales esfuerzos, pero á esos responderán por nosotros los millares de hombres que, arrastrados por el goce de la subida, como otros por el frenesí del juego, según la feliz expresión de Viollet-Le-Duc, suben todos los años á las cumbres de las altas montañas, amén de otros muchos viajeros que se conforman con llegar á cimas secundarias y de más fácil acceso. Los *clubs alpinos*, Sociedades de trepadores de las que forman parte los sabios más enérgicos de la Europa Occidental, se han impuesto la tarea de vencer unas tras otras las cimas reputadas, antes como inaccesibles, trayéndose alguna piedra en señal de triunfo, dejando allí un termómetro y otros instrumentos para facilitar las investigaciones de los atrevidos viajeros que les sigan. Los *clubs alpinos* han hecho la lista de todos los grandes picos aun rebeldes, discutido los medios de alcanzarlos, provocado multitud de ascensiones, y contribuído grandemente á dar á conocer la conformación de los Alpes y otras montañas mediante sus mapas, sus memorias y sus numerosas reuniones. Las colecciones que contienen los diarios de viajes de los indivíduos pertenecientes á diversas Sociedades, son las obras donde se encuentran datos más preciosos acerca de las rocas y los hielos de los altos montes de Europa y los relatos más bellos de las ascensiones.

Lo que hice al final del capítulo de la hidrografía, repetiré al de este, reproduciendo los párrafos que el insigne Reclús dedica al asunto, contestando á la siguiente pregunta: ¿De dónde proviene esa alegria profunda que se experimenta al escalar las altas cimas?

«Por de pronto (dice), es una gran voluptuosidad física, respirar un aire fresco y vivo, no viciado por las impuras emanaciones de las llanuras. Se siente uno como renovado en esa atmósfera de vida; conforme se sube, el aire se va haciendo más ligero; aspírase más ampliamente para llenar los pulmones: el pecho se dilata, los músculos se distienden y penetra en el alma la alegría. El peatón que escala una montaña se hace dueño de sí mismo y responsable de su propia vida; no está entregado al capricho de los elementos como el navegante en alta mar, ni es tampoco á la manera del que viaja en ferrocarril, un simple bulto humano facturado y expedido á hora fija, ba-

(1) Muchos de estos pueblos viven exclusivamente de los ingresos que les producen los millares de viajeros que todos los años suben á dichas montañas.

Mombeltrán.—VISTA PARCIAL.

Biblioteca Nacional de España

io la vigilancia de empleados con uniforme. Al tocar el suelo, recobra el uso de sus miembros y de su libertad; sus ojos le sirven para evitar las piedras del sendero, para medir la profundidad de los precipicios, para descubrir las salidas y las anfractuosidades que le ayudarán á escalar las paredes. La fuerza y elasticidad de los músculos le permiten salvar los abismos, sostenerse en las pendientes rápidas y encaramarse de escalón en escalón por los pasadizos. En mil ocasiones, durante la ascensión de una montaña escarpada, sabe que correría un grave riesgo si llegase á perder el equilibrio, ó si de pronto se le fuera la vista á causa de un vértigo, ó si los miembros se negasen á servirle. Precisamente esa conciencia del peligro, unida á la satisfacción de sentirse ágil y dispuesto, es la que duplica en el ánimo del trepador la posesión de sí propio. ¡Con qué placer recuerda mas tarde el menor incidente de la ascensión: las piedras que se desprendían hundiéndose en el torrente con un sordo ruido, la raiz á que tuvo que asirse para escalar un muro de rocas, el hilo de agua en que aplacó la sed, la primera grieta del glaciar sobre la cual se inclinó y que se atrevió á salvar de un salto, la pendiente prolongada por donde trepó tan penosamente hundido en la nieve hasta las rodillas, y en fin, la cresta suprema desde donde vió desplegarse hasta las brumas del horizonte el inmenso panorama de las montañas, valles y llanuras! Cuando se vuelve á ver de lejos la cima conquistada con tanto trabajo, la mirada descubre ó adivina con alborozo el camino seguido desde los vallezuelos de la falda hasta las blancas nieves de la cima. La montaña parece miraros, sonríe de lejos: diriais que por vosotros hace brillar sus glaciares y se ilumina al declinar el día con el último rayo del sol.»

«En cuanto al placer intelectual que la ascensión ofrece, y que tan íntimamente se asocia á sus goces materiales, es tanto mayor cuanto más dispuesto se halla el espíritu y mejor se han estudiado los diversos fenómenos de la naturaleza. Se sorprende el trabajo de erosión de las aguas y de las nieves, se asiste á la marcha de los glaciares, se ven caminar las rocas erráticas desde las cumbres hasta las llanuras, se siguen con los ojos las enormes capas horizontales ó erguidas, se descubren las masas de granito que las levantan, y cuando al fin se tocan las altas cimas, pueden contemplarse en su conjunto el edificio de la montaña con sus depresiones y sus estribos, sus nieves, sus bosques y sus praderas. Revélanse con toda claridad los circos y los valles que los hielos, las aguas y las intemperies han esculpido en el inmenso relieve. Se ve la obra hecha durante millares de siglos por todos esos agentes geológicos. Y luego, dejando á un lado ese móvil mezquino de la vanidad que impulsa á algunos á distinguirse como trepadores, se experimenta un sentimiento de natural orgullo, cuando uno compara su propia pequeñez con la grandeza de los fenómenos de la naturaleza que le rodea. El torrente, las breñas, los aludes, los hielos, todo recuerda al hombre su flaqueza; pero por natural reacción, su inteligencia y su voluntad se exaltan contra los obstáculos; goza en vencer al monte que lo desafía, en proclamarse conquistador de aquél pico temible, cuya primera vista le había llenado de una especie de religioso terror.» (1)

CAPÍTULO VI

La Fauna

Los animales representados en la fauna del partido, son los comunes á la mayoría de las regiones peninsulares, que por ser de todos conocidos no necesitan descripción especial. Tan solo haré mención de una variedad de víbora que habita en las altas praderas de la sierra, cuya mordedura produce efectos bastante intensos, y de la *Capra hispánica*, especie peculiar de la sierra de Gredos y de sierra Nevada, cuyos indivíduos difieren por la figura de su cabeza y por sus astas que adquieren gran desarrollo, de las cabras monteses que se crian en los Pirineos y en la cordillera Cantábrica. Habita en los alrededores de la laguna, en los *Riscos*, de Villarejo y en otros picos salientes de la sierra, y gracias á ocultarse en las mas abruptas escabrosidades, no ha sido completamente exterminadas por los cazadores que la persiguen. De caza de pluma y pelo hay poca abundancia, y la pesca está representada por los peces del Tietar y las esquisitas truchas que se cojen en el primer tercio de los arroyos que bajan de la sierra, si bien no tardarán en desaparecer por las malas artes que se emplean para pescarlas, envenenándolas con torvisco y gordolobo, á ciencia y paciencia de las autoridades que, sabiendo quienes en cada pueblo se dedican á tales oficios por ser público y notorio, no tratan, sin embargo, de castigarlos.

CAPÍTULO VII

La Flora

Debido á la gran diferencia de altitudes entre las diversas zonas que componen este término judi-

(1) Durante la redacción de esta obra, le fué concedido á S. M. el Rey, el derecho exclusivo á cazar en Gredos la *Capra hispánica*, de la que hablaré más adelante. La venida de D. Alfonso XIII si llega á efectuarse, hace concebir fundadas esperanzas de que en lo sucesivo sea dicha sierra más visitada y admirada.

Biblioteca Nacional de España

cial, se ven vegetar en él de una manera espontánea, infinidad de especies de las cuales mencionaré las que se han podido clasificar hasta ahora.

Clase Filicíneas (1)

Familia Polipodiáceas.

Adianthum Capillas-veneris, *L.*—Vulgarmente Culantrillo. Crece en la falda de la sierra, en los sitios húmedos: muy empleado por el vulgo como emenanogo. *Ceterach officinorum*, *W.*—Vulgarmente Doradillas; se la atribuye acción astringente y diurética. *Pteris aquilina*, *L.*—Vulgarmente Helecho común.

Clase Licopodíneas

Familia Licopodiáceas.

Capodium Clavatum, *L.*—Vulgarmente Pié de lobo.

Clase Gimnospermas

Famila Coníferas.

Pinus Pinaster, Soland.—Vulgarmente Pino negral.

Este es el arbol por excelencia del partido. Crece desde los 400 metros de altitud; arraiga á 1550 metros entre las hendiduras de las rocas en la sierra de Gredos, por cuya falda se extiende formando una ancha zona y cubriendo hasta las cimas de las sierras secundarias. Da buenas leñas y maderas, y suministra la primera materia á las fábricas de resinación que hay establecidas en Mombeltrán y Arenas, (2) constituyendo ya por uno ú otro concepto la base de la riqueza comunal en casi todos los pueblos del partido.

Clase Monocotiledóneas

Familia Liliáceas

Colchicum autumnale, *L.*—Crece disperso en las praderas.

Familia Juncáceas

Juncus tifidus, *L.*—Crece en los terrenos húmedos.

Familia Gramináceas.

Ayra flexuosa, *L.*—Vulgarmente Heno. *Ayra caryophy llea*, *L.*—Esta especie y la anterior abundan en las más elevadas praderas de la sierra hasta los 2600 metros. *Avena bromoides*, *Gou.*—Crece en los prados. *Kaleria setácea*, *P.*—Crece en la Plaza de Almanzor á 2600 metros entre las hendiduras de la roca. *Cynodón Rich.*—Vulgarmente Grama; empleada como diurético y refrescante.

Clase Dicotiledóneas

Familia Ranunculáceas.

Pœonia broteri, *Boiss.*—Vulgarmente Salta ojos: Crece en la sierra de Gredos. *Acónitum*, *L.*—Vulgarmente Cañamillo: Crece en la sierra de Gredos; es venenoso, muriendo todos los años muchas cabras por comerlo en la primavera.

Familia Papaveráceas.

Papaver rhœas, *L.*—Muy común en los sembrados, donde se le vé florecer, hasta en el mes de Diciembre.

Familia Lauráceas.

Laurus nobilis, *L.*—Vulgarmente Laurel. Crece en la subzona templada y fría-templada. Sus hojas sirven para condimentar, y de las bayas se extrae una materia mantecosa, llamada aceite de laurel.

Familia Crucíferas.

Nasturtium officinale.—Vulgarmente Berros. Crece en muchas fuentes y arroyos de la parte norte; se emplea como antiescorbútico y en ensaladas. *Capsella bursa-pastoris*, *Mœnch.*—Vulgarmente Paniquesillo: Crece en muchas partes de la zona fría. *Herperis inodora*, *L.*—En igual sitio que la anterior. *Sisimbrium officinale.*—Vulgarmente Jaramago: se usa como anticatarral.

Familia Cistáceas.

Cistus ladaniferus, *L.*—Vulgarmente Jara comun. Esta especie predomina en el monte bajo de la margen del Tietar, y se extiende por la falda de la sierra hasta unos 700 metros de altitud, de cuyo límite, quizá la impidan pasar otras plantas que tienen allí su habitación, porque en la falda norte de la misma llega hasta los 1200 metros, á pesar de ser más fría. *Cistus laurifolius*, *L.*—Vulgarmente Jara estepa. Existe en los mismos sitios que la anterior, pero es menos abundante. *Cistus populifolius*, *L.*—Vulgarmente Jara cerbuna. Crece al sur del término de Mombeltrán.

Familia Droseráceas.

Parnasia palustris, *L.*—Vulgarmente Hepática blanca. Crece en las praderas húmedas y pantanosas de la sierra donde florece en el mes de Agosto.

(1) Sigo la clasificación de Vou Tieghem, modificada por Odon de Buen

(2) Recientemente se han fundido las dos fábricas en una, construída en Arenas por la Compañía Resinera.

Biblioteca Nacional de España

San Vicente de la Sonsierra.—Plaza Mayor.

¡¡REID, REID!!...

Alegres, juguetonas y risueñas, salen de trabajar muchachas juveniles que rodeadas de ruborosa gracia y adornadas con múltiples encantos, nos endulzan la vida haciéndonos olvidar tristezas y pesares.

¡Terminó el trabajo! Y sin embargo ríen, ríen todavía sin acordarse ya de los malos ratos que junto al tablero pasaron; de las tristes horas, silenciosas, muertas, sin haber podido ni aun siquiera rechistar; no tuvieron ni odios ni alegrías, por sus almas no musitaron desahogos bullangueros de la edad. Allí estaba la maestra que con iracundo semblante, iba sembrando el pánico entre todas ellas; entre aquellas muchachas que esclavizadas por su oficio pierden su risueña juventud poco á poco, gota á gota, al igual de los hilos que entrelazan y aprisionan sus dedos y que poco á poco también van desapareciendo en los caprichosos dibujos que adornan los elegantes *vêtements*.

Qué extraño es que entonces en esos juveniles cerebros se acumulen ideas malhechoras, que en sus pechos germinen quizás pasiones violentas. Ellas *¡pobrecillas!* trabajarán, sí, trabajarán mucho pero no lograrán nunca ver cubiertos sus esbeltos talles con los primorosos *toilettes* que por sus manos pasaron, no. Ni tampoco sus gráciles gargantas ostentarán nunca los diamantinos collares que vieran lucir á las que ellas servían.

Y sin embargo, ríen y reirán siempre: son almas buenas, incapaces de abrigar odios ni rencores, y sus alegres risotadas, que entusiasman, van cayendo en el humano vivir como inmensa cascada que nos conmueve al derrumbarse altiva y juguetona por las rocas.

Pero no, ¡reid! ¡reid siempre! vuestras risas causarán envidia y amargas impresiones. Cuando vosotras juguetéais locamente en vuestros paseos estivales en las alegres mañanas del Retiro, cuando olvidando todos vuestros pesares vivís la verdadera vida y vuestras estridentes carcajadas remueven estremeciendo hasta las últimas ramas de los árboles que os cobijan, quizás entonces á vuestro lado, muy cerca de vosotras sin que apenas os deis cuenta de ello cruzará por allí encerrada en elegante *milord* alguna otra joven que al ver vuestra alegría os envidie. Probablemente en aquél momento lucirá soberbio traje; el mismo que á vosotras os causaba también envidia. ¡Ironías crueles!

Por eso vuelvo á repetiros: ¡reid siempre! que vuestras alegres caras no llegue nunca á entristecerlas la huella del dolor. ¡Gozad y reid! Tened en cuenta que mientras tanto que vuestras sonrisas no se disipen, que vuestras risas no hayan desaparecido, la felicidad existe y el mundo entero os contemplará con simpatía grande.

FRANCISCO JUDERÍAS.

CRÓNICAS DONOSTIARRAS

¡PULVIS ERIS!...

(RECUERDOS DE MI VIDA)

La lamentación quejumbrosa de un alma eúskara que siente, se pierde en zortzicos por los robledales del Urgull...

El faro de Santa Clara ha muerto su luz. Los montes y las praderas verdean. El tinte ensombrecido con que la noche tiñó la tierra se ha fundido en los colores del iris, que va individualizando cromáticamente todas las cosas.

Cual mensajeras de la aurora, raudas bandadas de albas gaviotas bordan el espacio de elipses inconcebibles, lanzando graznidos que añoran extranjeras patrias y haciendo los agudos de la sinfonía natural que el Cantábrico acompaña con su grave diapasón. Maravilloso concertante que á intervalos abrillanta con sus *allegros* de espuma y cristal en los abrazos de amor salvaje de las aguas con los acantilados de la costa.

Sones de bronce que se pierden por la campiña despiertan en las almas místicas anhelos. Grupos de aldeanas, que sintieron en sus pechos la piadosa fonación, acuden al templo. Es la misa de alba.

En el puerto ya no hay una barca de pesca. La ciudad elegante aun duerme, descuidada en su

Biblioteca Nacional de España

pereza distinguida. A lo lejos, murmurando ruidor á través de los manzanales, se oye el rítmico chirriar de una carreta y el atrayente alentar del boyero á la paciente yunta: *¡Aiii... da!...* Y en la cumbre del Igueldo, dibujando sus perfiles en el infinito, cual expresión de los anhelos humanos, yérguese tosca cruz de piedra, cuyos brazos parecen querer abarcar el espacio en su muda imprecación. En tanto, un rayo de sol que juguetea en su mástil, va cubriendo de oro muchos de aquellos sitios santificados por el respetuoso beso del peregrino ó ennegrecidos por el fulminar del rayo.

Algunas velas blancas, deslizándose indecisas por la superficie del mar, van perdiéndose poco á poco en la lejanía desdibujada del horizonte.

A pocas millas de la costa, enfilando el puerto de la bella Easo, se desarrolla á nuestros ojos un panorama admirable. A la derecha, la abrupta arquitectura natural de los montes vascos. Pequeños puertecillos nievan de caseríos y humildes hogares las sinuosidades de esta costa. Las rocas, cortadas á pico, los peñascos, colonias de marisco y conglomerados de algas, dan la nota pintoresca. Y en la lejanía, esfumado por la distancia, el cabo Machichaco, centinela avanzado, se pierde en la bruma.

Al frente, la entrada al puerto de San Sebastián, dividida en dos bocas por la Isla de Santa Clara. A la izquierda sigue el irregular trazado de la costa. El monte Urgull, baluarte natural que, haciendo cara al Igueldo, separa el puerto de la desembocadura del río Urumea, cuyas aguas, al reunirse con las del mar, forman temible barra. En este punto el Cantábrico rebrama de rabia loca, deshaciéndose en impotentes cataratas contra el Rompeolas impasible. Y el titán, después de precipitarse contra el Ulía, babeando el espumarajo de su furor, huye en rebaños de olas que galopan y galopan, sin fin ni tregua, hasta confundirse en el misterio azul del Golfo de Gascuña.

El turista que aventura su curiosidad por el camino empedrado que circunda el monte Urgull, siente, si es artista, una dulce emoción de encantadora tristeza al encontrarse á la vuelta de un recodo con el siguiente cuadro:

Una entrada en la roca viva de unos cuantos metros de anchura; finísimo césped sirve de tapiz. A guisa de bóveda el azul del cielo llena de esplendorosa luz este rincón de paz y amor. Esparcidos por el suelo, con el desorden harmónico de las cosas naturales, varias lápidas funerarias resaltan su blancura sobre el verde obscuro del suelo. Algun sarcófago con pretensiones de túmulo, rodeado de una verjecilla que las auras marinas y la humedad van corroyendo, se alza á un par de metros del suelo. Y á la derecha, como presidiendo este cónclave impregnado de intensa y delicada poesía macabra, un enorme peñasco en equilibro entre rocas más pequeñas, encierra en sus carnes de granito el cuerpo de un héroe; que así nos lo hace ver la cuadrada lápida que, cual diamante de ultratumba, se engarza en la montura de roca de aquel sarcófago natural.

Estamos en el *Cementerio de los Ingleses.*

Sentado sobre una roca, invadido mi espíritu de infinita tristeza, pero de una tristeza dulce, poética, dejé vagar mi fantasía dando rienda suelta á mis ideas. Aquél cementerio carecía de la fastuosidad de estudio de escultor, de los de las grandes ciudades. Era un cementerio natural, con humildes cruces de madera ó hierro, unas todavía en pie, otras inclinadas al empuje de la galerna, sobre la blanca losa del glorioso muerto, como una madre que vela la tranquilidad divina de su niño dormido. Carecía de los ridículos alardes con que la impotente estulticia de los hombres quiere llevar á ultratumba la diferencia de clases. En aquél lugar la muerte fué más igualitaria que nunca. Hombres de diferentes países y religiones, ingleses y españoles, desconocidos unos de otros, mártires de un ideal, se abrigan en el mismo seno. Allí todos son humanos. Todos héroes. Oficiales y jefes de la legión inglesa. Oficiales y jefes españoles confudidos en el abrazo de la Parca, duermen su eterno sueño arrullados por la canturria del coloso que, rebramando llega á besar con sus labios de espumas el basamento de aquél mausoleo que la Naturaleza rodea de misterioso encanto.

Dejo pasar indolentemente las horas en este retiro de paz.

Me dedico á leer los epitafios; casi todos están carcomidos par la humedad.

Acierto á descifrar una inscripción de un tumultillo:

«AL MARISCAL DE CAMPO D. MANUEL DE GURREA,
MUERTO EN LOS CAMPOS DE ANDOAIN EN 29 DE MAYO
DE 1837
SU ESPOSA, SUS HIJOS
SU AMIGO
EL TENIENTE GENERAL DE LACY EVANS »

Un poco más allá veo otra inscripción borrada á trecho:

«...EL CORONEL EDWARD... DEL 23.º DE LÍNEA
MUERTO HEROICAMENTE EN... AL FRENTE DE SU...
Á LOS 26 AÑOS DE EDAD
SU ESPOSA...»

No acierto á leer más. Belona tiene á veces extraños caprichos. ¡Un idilio roto!...

Biblioteca Nacional de España

Ver una juventud tronchada en sus comienzos, me cubre el alma de desconsoladora tristeza.

Hay otras muchas inscripciones. Todas son ilegibles...

. . . . . .

. . . . . .

De pronto, sobre mi cabeza, un trueno horrible, centuplicado por los ecos del monte, conmueve la serena tranquilidad que disfruto. Levanto mis miradas. El castillo de la Mota se eriza de cañones, y blancos copos de humo y consecutivos estampidos dan al traste con el encanto poético. Ya concluyó el ensueño. Se huele á pólvora. Ya huyó la poesía ante el brutal tableteo de los artefactos de muerte. Las detonaciones se suceden. Veo un buque que entra en el puerto. También el buque cañonea. Todo es ruido y humo.

La magia desapareció.

Y al tiempo que me iba alejando del *Cementerio de los Ingleses*, iba oyendo más distinto el ruido isócrono del mar, sintiendo grato consuelo al arrullarme en su melodía. A pocos pasos de mí distinguí un bulto pegado á la pared de rocas de la bajada del castillo. Por su inmovilidad parecía pertenecer al granito en que se apoyaba. Una mano rugosa, reseca por el sol, salía de los harapos que le cubrían. Era un mendigo.

Le miré con mi habitual desconfianza y, al acercarme á él, pude leer en una tablilla que pendía de su cuello: «Fulano de Tal, marino, sordomudo y ciego á causa de la voladura de un cañón; ¡una limosna!...» En aquel momento no sé en lo que pensé. Me acordé de los que dormían allá arriba, y maquinalmente le dí unas cuantas monedas de cobre. Era lo último que tenía...

Y cuántas noches después, en la terraza del Gran Casino, cuando ante mis ojos adormidos por los recuerdos pasaban en revuelta y alegre confusión olas y olas de elegancia, perfumes y discreteos; bullir y vibrar de vida, del que sólo distinguía las espirituales cabecitas de ellas, flotando sonrientes entre pecheras deslunbradoras que emulaban con la nieve, y severas etiquetas que envidiaban á la noche; los mil ruidos que el cerrar de los abanicos, el crujir de las sedas, los suspiros contenidos ó un leve susurrar de amores llegaban á mis oídos y los percibía como á través de cierto encanto letárgico. Cuántas veces, repito, he pensado en aquellos hombres que reposaban tranquilamente allá arriba, arrullados por las brisas del monte y la eterna cantinela del Cantábrico y que, libres de enojosas preocupaciones, no tenían que asistir á los Conciertos Clásicos.

Unos amigos vienen hacia mí.

—¡Aquí está, ya le encontramos!,.. ¡El eterno soñador!... Pero, hombre, ¿qué haces?...

Adiós ensueños de leyenda, poesía, misterio; la vida real me reclama.

¡Loor á los héroes!...

—Hola chicos, ¿cómo estáis?...

ENRIQUE FEYJOO Y RUBIO.

¡FÉ SALVADORA!

¡Oh, tú fé, hermosa y salvadora! ¡Oh, tú fé, hermana de la esperanza! Tú eres la estrella de los enamorados, la antorcha del creyente, el consuelo del triste... Contigo y por tí, el soldado alcanza el laurel de la victoria, el poeta el galardón del triunfo, y el varón santo el premio á su virtud.

Sin tí, la vida es un martirio, un caos, nave sin gobierno, río sin cauce, campo estéril, jardín sin flores...

Contigo, la existencia es verjel florido, mar en calma, luz que guía nuestros pasos, faro que ilumina nuestro puerto de salvación...

¡Fé! ¡Fé sacrosanta y hermosa! ¡Hermana de la esperanza! ¡Yo te imploro!

MANUEL P. ABELA.

MORIR CON GLORIA

La primera luz de un día de invierno desvanece las compactas sombras de una noche en que el viento, con furia, ha azotado á los escuálidos árboles, ya desnudos de hojas, y ha hecho remolinos con los copos de nieve revueltos entre la hojarasca amarillenta que cae.

La naciente luz vence á las obscuridades, quebrando sus rayos en ellas, produciendo laboradas y auroras del color de los ópalos.

Una ráfaga muy fuerte de aire pone en movimiento millares de partículas; un sonido cadencioso y armónico producen, al ser arrastrados, los granillos de arena con las amarillas hojas; entre ellos he escuchado un melífluo sonido, un canto indefinible, un canto que parece de lira templada por el aire, es el trino de una avecilla que arrastrada por la cruel ráfaga, con aleteo fatigoso cae á tierra; la Providencia le brinda su salvación; un anciano de cara rugosa y curtida, con una barba blanca como copo de nieve, está muriéndose, su último aliento lo recibe la tierra nevada, se muere transido de frío, la nieve es un lecho tan frío para un pobre viejo... Los harapo-

Biblioteca Nacional de España

sos vestidos de este mendigo son el refugio del infeliz pajarillo, juguete de la furia del viento.

***

El sol sale con todos sus arreboles reflejados en las gotas de rocío; el avecilla levanta el vuelo, abandona el cuerpo frío del anciano, después que la muerte le ha quitado lo único que poseía, su existencia, y vuela vuela el pajarillo hasta posarse en una rama cubierta de nieve que va deshelándose al fuego del sol, y allí entona una canción; trinos y gorjeos melancólicos salen de su garganta en alabanza al pobre viejecillo de cara rugosa y curtida, vestido de harapos, que tan solo poseía una cosa que la muerte le quitó, la vida.

***

Los pájaros cantaron.

El sol de invierno, ese sol tan benéfico y hermoso besó con sus rayos el cuerpo, revuelto entre nieve, de aquél desamparado mendigo que murió *salvando*. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

A veces, los que más despreciamos en la sociedad, suelen alcanzar esa *gloria* por todos deseada, aunque sea al llevárselos la muerte...

. . . . . .

ARTURO PÉREZ ROCA.

Murga de Mendigos.

ASTURIANOS ILUSTRES

EL CONDE DE TORENO

En Diciembre de 1808 regresó á Oviedo de Londres. Habiendo fallecido su padre, cambió el título de *Vizconde de Matarrosa* por el de Conde de Toreno, y, á pesar de hallarse quejoso de la Junta que acababa de disolverse á causa de sus diferencias, resistió con todas sus fuerzas á la invasión del Principado, verificada por el mariscal Ney y el general Kelermán, hasta que, unido á las tropas españolas refugiadas en las célebres montañas de Covadonga, pasó á Andalucía á reunirse con la Junta central de Septiembre de 1809.

Invadida también la Andalucía, se trasladó la Junta central á la isla de León, y Toreno pasó á Cádiz, donde á poco de llegar recibió poderes de la provincia de León para que le representase cerca del Gobierno, siendo uno de los primeros que, con la mayor urgencia, reclamaron la convocación de las Cortes.

Fijada la instalación de éstas para el 24 de Septiembre, fué nombrado unánimemente diputado por el Principado de Asturias; pero, como quiera que le faltara un año para cumplir los que se requerían, no sin acalorados debates se aprobó, en 16 de Marzo de 1811, el acta en que, dispensándole la edad, se le permitía tomar asiento en la nueva Cámara.

Llegado el término de las Cortes extraordinarias y constituyentes, estableciéndose en el Código constitucional de 1812 el principio de que no pudieran ser reelegidos los diputados, pasó nuestro biografiado á Madrid en calidad de simple particular; pero esto no fué obstáculo para que, una vez promulgado por Fernando VII el famoso *decreto de Valencia*, tuviera que ponerse á salvo de las persecuciones y huir, primero, á Lisboa; después, á Londres, y, por último, á Paris.

Allí permaneció hasta que el levantamiento de las Cabezas de San Juan, restablecida la Constitución, hizo que el rey constitucional, anulando todos los actos del rey absoluto, llamara por consejeros á los mismos que había calificado de traidores. El Conde de Toreno, comprendido en la anterior proscripción, pudo volver á tomar un asiento en las nuevas Cortes.

Estas no estaban ya divididas, como las de 1810, en los dos exclusivos grupos

Biblioteca Nacional de España

de *serviles* y *liberales*, sino que, fraccionados á su vez estos últimos, tomaban el nombre de *patriotas*, los más exaltados y consecuentes, mientras que el vulgo apellidaba *pasteleros* á los que, tibios ó medrosos, no tan solo interpretaban en el sentido menos liberal posible los principios del Código fundamental de 1812, sino que, más ó menos abiertamente, pensaban ya en sustituir aquella Constitución con otra más restringida.

El Conde de Toreno, abdicando de su ardimiento de otros días, habíase afiliado á la segunda de estas agrupaciones, y, como es consiguiente, había perdido su antigua popularidad. Día llegó en que, al salir de la sesión, se vió asaltado por las turbas, debiendo la vida solo á su serenidad y al noble arrojo del general Morillo, pero no pudiendo impedir que aquella noche fuera invadida su casa y destruída la mayor parte de su mobiliario.

Cumplida su diputación en Febrero de 1822, hizo por segunda vez renuncia de la embajada de Berlín, que ya en otra ocasión le había sido ofrecida, y, rehusando así mismo ponerse á la cabeza del Ministerio, se limitó á designar para tan espinoso cargo á su amigo Martínez de la Rosa, mientras que él tomaba la posta para París, huyendo del nublado que amenazaba á España desde el Congreso de Verona.

(Continuará).

COMO VA EL COMERCIO

REGULAR EN CONJUNTO; MALO EN ADUANAS

En veinte planas mazorrales de la *Gaceta*, para que uno no se entere ó para que se entere mal y con trabajo, se han publicado los resultados de nuestro comercio exterior y de nuestra renta de Aduanas durante los siete primeros meses del año que corre. Corramos nosotros también en busca de los resúmenes, que es lo único que con relativa facilidad puede encontrarse en el laberinto del periódico oficial. Y esos resúmenes nos dan las siguientes cifras totales de nuestro comercio exterior en los siete meses primeros del trienio, en millones de pesetas:

En 1906	En 1907	En 1908
1.122	1.055	1.091

Con relación á 1906 tenemos este año una baja de 31 millones; pero con relación á 1907 hay un aumento de 36 millones. Va el año, pues, como si dijéramos, entre merced y señoría; ni tan malo como el anterior ni tan boyante como el antepenúltimo.

Desentrañadas estas cifras totales, nos encontramos con las siguientes, comparativas entre los siete primeros meses del trienio, de importación y exportación, en millones de pesetas:

	1906	1907	1908
Importamos	612,0	552,5	550,4
Exportamos	510,3	503,6	541,6
Saldos en contra	101,7	48,9	8,8

Estas cifras, desde el punto de vista de la balanza comercial, son algo consoladoras, puesto que el *déficit* baja constantemente en los tres años.

Examinemos ahora por grandes agrupaciones lo importado y lo exportado, por millones de pesetas:

IMPORTACIÓN

	1906	1907	1908
Primeras materias	249,7	290,3	281,6
Artículos fabricados	189,3	161,2	183,9
Sustancias alimenticias	169,2	98,3	81,0

EXPORTACIÓN

	1906	1907	1908
Primeras materias	215,7	221,0	197;4
Artículos fabricados	137,6	128,3	150,7
Sustancias alimenticias	153,6	152,5	180,6

Compare el lector y verá cómo en el comercio de primeras materias importamos más que exportamos, é igual sucede, lo cual es peor, en artículos fabricados. En cuanto á las sustancias alimenticias, nuestra importación desciende y en cambio aumenta nuestra exportación.

Por todos estos datos no puede decirse que el año vaya mal hasta ahora.

Peor, mucho peor, es en lo que toca á los ingresos de Aduanas. Hay baja en la recaudación, comparada con las obtenidas en los dos años anteriores, según se expresa en los siguientes números:

	AÑOS	Millones de pesetas
Recaudado en	1906	115,2
» »	1907	98,1
» »	1908	90,0

Con relación á lo que corresponde recaudar, según presupuestos, el año actual es alarmante, pues así como en 1906 lo obtenido en los siete meses arrojaba un *superávit* de 32 millones y lo obtenido en 1907 otro de 14 millones, ahora tenemos

Biblioteca Nacional de España

ya un *déficit* de 27.445 pesetas. Esta baja se produce, seguramente, por la disminución en las entradas de sustancias alimenticias, y de ella puede decirse que es buena para el bazo, pero mala para el espinazo. Para el presupuesto no puede ser peor: ella nos aproximará más y más al temible *déficit* que ya se divisa.

ENSEÑANZAS AGRÍCOLAS

TRASPLANTE DE LOS ÁRBOLES FRUTALES

Practicándolo en otoño se gana un año, dice un proverbio antiguo, y no sin razón. En efecto, plantando en otoño, las raíces tienen tiempo de ponerse en condiciones de absorber los principios fertilizantes en la primavera, y, por consiguiente, es más rápido el desarrollo de la vegetación.

Sin embargo, esta práctica sólo es posible antes de que comiencen las fuertes heladas en los climas septentrionales. En el mediodía, donde rara vez desciende la temperatura bajo cero, puede efectuarse aunque sea en Diciembre y en Enero.

El trasplante de los árboles frutales requiere distintos cuidados, como la preparación del terreno, abonos, la poda de las raíces dañadas ó rotas, escardas y riegos.

La preparación del terreno puede hacerse por igual ó localmente.

Si se tratase de una plantación muy extensa, preferible será dar una labor general de 50,60 centímetros de profundidad. En el caso contrario bastará hacer fosas de 1,20 á 1,50 de anchura y de 80 centímetros de profundidad. Procúrese en este caso tener separada la tierra superficial de la tierra vírgen que con el calor y con el frío suele estratificarse, y en el momento de la plantación llénese el fondo con tierra de la superficie y viceversa, mezclándola bien con estiércol complementado con superfosfato. De este último pueden enterrarse en cada hoyo 1,50 á dos kilos.

Al hacer la plantación, téngase cuidado de amputar con un cuchillo bien afilado las raíces rotas, dañadas ó descortezadas, pódese la raíz principal, respetando las raicillas que rodean al pie y equilibrando, en general, la parte subterránea con la parte aérea.

Un apasionado agricultor americano, Stringrellow, afirma á este propósito haber obtenido los mejores resultados podando la raíz principal á 50 centímetros y todas las demás á 20. Igualmente el profesor Brunk asegura que en una prueba comparativa sobre perales, manzanos y albérchigos, resultaron más vigorosos que los demás, aquellos árboles cuyas raíces habían sido podadas á cuatro centímetros, á excepción de la principal que se amputó á los 50.

Por nuestra parte, ni confirmamos ni contradecimos estas pruebas, pero hemos querido mencionarlas, ya porque no carecen de importancia, ya también por si alguno de nuestros lectores quiere repetirlas.

Otras de las reglas que han de tener en cuenta en la plantación son las siguientes:

1.ª Que la profundidad á que se entierren las plantas no sea mayor que la que tiene en el vivero.

2.ª Depositar las plantas en el hoyo con mucho cuidado, extendiendo bien las raíces, cubriéndolas con mantillo mezclado con cenizas no lavadas ó bien con superfosfato y algo de potasa, y después con tierra hasta la superficie.

3.ª Atar los árboles á sus correspondientes rodrigones á fin de protegerlos de la acción del viento.

Efectuada la plantación, en la primavera siguiente se dará una escarda con el fin de destruir las hierbas adventicias, repitiendo la operación siempre que sea necesario.

Finalmente, para defender los árboles jóvenes de los ataques de los parásitos, tanto animales como vejetales, se les darán de vez en cuando pulverizaciones con caldo bordalés en el cual se disolverá un 1 por 100 de esencia de trementina.

Ocurre á veces que hay que reponer algunas plantas que perecen atacadas por las criptógamas que infestan las raíces. En este caso, al cambiar las plantas es preciso guardar ciertas precauciones. La tierra que se saca de hoy será prudente no usarla, sino sustituírla con otra traída de lejos; además convendrá practicar una desinfección preventiva, que consiste en esparcir cal viva, mezclándola bien con la tierra destinada á llenar el hoyo.

S. CELSI.

LEÓN:
Establecimiento tipográfico de Mariano Garzo
Calle de San Marcelo, núm. 2

1908

Biblioteca Nacional de España